97-84055-7

Pani, Alberto J.

La politica democratica industrial

Mexico

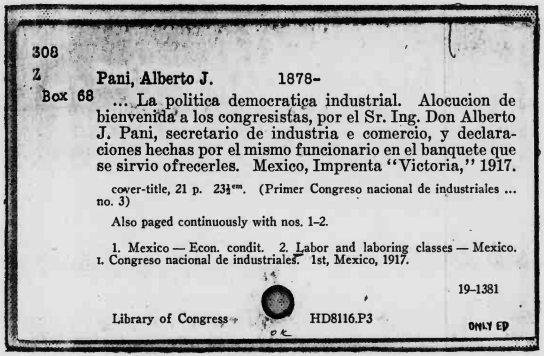
1917

97-84055-7
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD



308
Z
Box 68

Pani, Alberto J. 1878-

... La politica democratica industrial. Alocucion de bienvenida a los congresistas, por el Sr. Ing. Don Alberto J. Pani, secretario de industria e comercio, y declaraciones hechas por el mismo funcionario en el banquete que se sirvio ofrecerles. Mexico, Imprenta "Victoria," 1917.

cover-title, 21 p. 23½cm. (Primer Congreso nacional de industriales ... no. 3)

Also paged continuously with nos. 1-2.

1. Mexico — Econ. condit. 2. Labor and laboring classes — Mexico. I. Congreso nacional de industriales. 1st, Mexico, 1917.

19-1381

Library of Congress HD8116.P3

ONLY ED

RESTRICTIONS ON USE: *Reproductions may not be made without permission from Columbia University Libraries.*

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 12:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 3-27-97 INITIALS: MS

TRACKING # : 21606

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

DEC 21 1917

Número 3

PRIMER
CONGRESO NACIONAL DE INDUSTRIALES
ORGANIZADO BAJO EL PATROCINIO DE LA
SECRETARIA DE INDUSTRIA Y COMERCIO

LA POLITICA DEMOCRATICA INDUSTRIAL

ALOCUCION DE BIENVENIDA
A LOS CONGRESISTAS
POR EL SR. ING. DON

ALBERTO J. PANI

SECRETARIO DE INDUSTRIA Y COMERCIO

Y DECLARACIONES HECHAS POR EL MISMO FUNCIONARIO
EN EL BANQUETE QUE SE SIRVIO OFRECERLES

MEXICO
IMPRENTA "VICTORIA"
1917.

ALOCUCION DE BIENVENIDA

A LOS DELEGADOS AL

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE INDUSTRIALES

POR EL

SR. ING. D. ALBERTO J. PANI

SECRETARIO DE INDUSTRIA Y COMERCIO

9 marzo, 1920 - C.R.W.

C. Secretario de Fomento: [1]

Señores Delegados:

Señoras y Señores:

Hace apenas cuatro meses que, desde esta tribuna y bajo estas mismas bóvedas y en circunstancias muy parecidas a las actuales, tuve la honra de saludar, en nombre del Gobierno, a los delegados de las Cámaras de Comercio nacionales y extranjeras—reunidos para inaugurar solemnemente las labores del Primer Congreso Nacional de Comerciantes—y, de entonces a la fecha, en este cortísimo lapso de tiempo, hemos presenciado, con jubilosa estupefacción, el pujante movimiento de organización cooperativa desarrollado por el comercio de todo el país, con el propósito de regular no sólo las relaciones entre las respectivas Cámaras creadas o por crear, para su propio beneficio, sino también las que deben ligar a estas instituciones con el Gobierno, para el beneficio general de la nación. Y es que la fuerza propulsora de este movimiento—única capaz de oponerse a los efectos disolventes y pavorosos de la anarquía—ha sido el patriotismo alentado por sus directores: CONSCIENTE, para saber coordinar los intereses individuales o de clase con los de la comunidad, y ELEVADO, para poder resolver moralmente los conflictos de antagonismo ficticio o real entre ambos y ajustarse—no con resignada sumisión, sino con franco beneplácito—a la jerarquía ética de los intereses, que coloca siempre los de carácter general arriba de los intereses particulares. Ved, por ejemplo, a ese grupo

1 Por ausencia del C. Presidente de la República, tuvo su representación el C. Secretario de Fomento.

de hombres altruistas, destacado del Congreso de Comerciantes y que se llama "EL COMITÉ DEL MAÍZ", cooperando abnegadamente con el Gobierno en la obra misericordiosa de DAR DE COMER AL HAMBRIENTO, si no precisamente en la arcaica forma caritativa que humilla y degenera, sí en la moderna y más eficaz de la competencia económica, que estimula las actividades y vigoriza y combate victoriosamente la especulación criminal, para abaratar el maíz y ponerlo al alcance de los desheredados.

¿Qué mejor oportunidad para hacer estas remembranzas que la ocasión en que se celebra la apertura de las sesiones del Primer Congreso Nacional de Industriales? Es, ciertamente, a través de la actuación patriótica de los comerciantes, continuada ahora por los industriales, como mejor se logra vislumbrar la posibilidad de un futuro resurgimiento vigoroso de la Patria—a pesar de todas las calamidades que pisemos y que nos rodeen, de todos los obstáculos que dentro y fuera se nos opongan—cegando con una labor perseverante de acercamiento, de cohesión y de amor, los insondables abismos de sangre y de lágrimas que dividen a nuestra sociedad.

En efecto, tras el VÍA-CRUCIS dilatado y penoso de sus LUCHAS DE CLASES, no restañadas aún sus últimas heridas y casi agotado, el país, en los momentos precisos en que inicia su reconstrucción, esto es, la restauración de las sumas de bienestar material y de moralidad perdidas en la postrer contienda y la curación de su enfermedad de constitución económica y social, sintomatizada por la perpetuidad y encarnizamiento de las luchas que acabo de mencionar, el país—decía—en condiciones internas tan difíciles, siente agravada ahora su situación, de modo extraordinario, por las consecuencias inevitables de la conflagración mundial. La ancha puerta que el patriotismo de los comerciantes ha abierto a la cooperación efectiva entre el pueblo y el Gobierno, y, principalmente, al verificarse el primer acto de amistosa solidaridad de la Industria Nacional y dicho Gobierno—ya que el comercio no es

más que una de las múltiples formas de la actividad industrial y que, por este motivo, muchos industriales son también comerciantes—ofrece, pues, la ocasión más propicia para que hagamos siquiera un breve, pero sincero examen de conciencia, con el propósito y..... la seguridad—puesto que sois, señores industriales, los dignos continuadores de la obra patriótica iniciada por los comerciantes—de poder orientar nuestra conducta presente y futura hacia el bien del país, aun a costa del personal. ¿Qué sacrificio podría eludirse ante la promesa de salvar a la Patria de un peligro próximo inminente, y de dotarla de una mayor prosperidad general?

***

Para eterno baldón del género humano, LA CRUELDAD DEL HOMBRE HACIA SUS SEMEJANTES es uno de los caracteres que mejor lo distinguen de los demás animales superiores. Mientras éstos, en efecto, dan tan bellas muestras de solidaridad, entre los individuos de cada especie, EL HOMBRE—CUYO PEOR ENEMIGO HA SIDO SIEMPRE EL HOMBRE MISMO—ante la insuperabilidad de las dificultades de adaptación, en relación con su rudimentario equipo primitivo, NO TUVO EMPACHO EN RECURRIR AL ASESINATO Y A LA ANTROPOFAGÍA.

Ya sea porque la humanidad proceda—como lo asienta la Leyenda Bíblica—de un pecado de amor paradisíaco, ya sea porque el paso de la inteligencia, en su natural proceso evolutivo, a un estado superior—la del hombre, en su forma primera, respecto de la animal—haya traído imbíbito el germen de la maldad, el hecho es que el egoísmo y la rapacidad, integrados en un criterio puramente utilitario, han sido los móviles más fuertes de la conducta humana. De allí que el progreso industrial—particularmente el de la agricultura—al permitir la mejor utilización, en provecho de los vencedores, de la actividad de los vencidos, haya ingeniado a aquéllos para domesticar a éstos—como lo hacían con las bestias de carga—

y que su total exterminio y la antropofagía fueran substituídos por la esclavitud; los primeros destellos de la libertad—que tiene la virtud de hacer el trabajo más productivo—aparecieron con la servidumbre; la suavización paulatina de las costumbres y el DERECHO—cuya función, como se sabe, «CONSISTE EN ADAPTAR LOS HOMBRES AL MEDIO SOCIAL EN QUE VIVEN, determinando sus condiciones de coexistencia», reconocen el mismo origen; las inicuas relaciones parasitarias entre las minorías opresoras y las mayorías oprimidas engendraron, con la oposición irreductible de las clases sociales, el ideal democrático, que entraña la santa aspiración de la dignidad humana.

Pero las direcciones en que la humanidad ha avanzado más, son, naturalmente, las marcadas por los intereses materiales. Así, en el orden moral, aunque medie una distancia inconmensurable entre la sistemática antropofagía primitiva y la actual filantropía de algunos, la civilización moderna, desde el Sermón de la Montaña, es decir, en el transcurso de casi dos mil años, se ha empeñado en impregnar de cristianismo el espíritu del hombre, y los pueblos más civilizados del mundo se encuentran ahora comprometidos en una guerra sin precedente, en la que emplean, para exterminarse, todos los recursos materiales y técnicos de un portentoso adelanto industrial, no se tiene compasión ni con las mujeres, ni con los viajeros de los trasatlánticos—extraños absolutamente a la contienda—y hasta se habla de la utilización industrial de los cadáveres humanos!

En el orden político, la historia de todos los pueblos se ha encargado de escribir, con letras de sangre y fuego, el descarado apotegma de que EL PODER SE HIZO PARA ABUSAR DE ÉL. En efecto, EL GOBIERNO, que—según el concepto spenceriano—"ha NACIDO DE LA AGRESIÓN Y PARA LA AGRESIÓN", iniciado con el régimen despótico militar—que es la más mala y más odiosa de todas las formas gubernamentales conocidas—por medio de luchas brutales que han desgarrado las entrañas de

la humanidad, ha pasado a través de los regímenes teocrático y aristocrático—con el plausible efecto de hacer partícipes del poder público, en cada vez, a una parte más grande del pueblo y de reducir, por lo tanto, el número de los expoliados—hasta alcanzar una forma aparentemente democrática. Y digo APARENTEMENTE DEMOCRÁTICA, porque quizás con la única excepción de Suiza—en que la propiedad está relativamente bien repartida, en que la tercera parte de la totalidad de los habitantes son industriales, llegando esta porción, en algunos sitios, hasta las tres cuartas partes y en que no se ve el espectáculo irritante de "una clase de ricos ociosos que ofuscan y humillan con su lujo arrogante a los que trabajan y sufren"—los países que más se jactan de haber realizado mejor su evolución política, sólo han podido conquistar una especie de PLUTOCRACIA, más o menos corrompida por los POLÍTICOS DE OFICIO, sanguijuelas que chupan el Erario y corroen las instituciones sociales.

En suma, el progreso industrial, en que ha jugado un papel tan importante el egoísmo, y que ha resultado de la lucha empeñada entre el hombre y la naturaleza en vista de satisfacer mejor y más ampliamente las necesidades primordiales de la vida y las nuevas por éstas provocadas—dado el carácter de extensibilidad indefinida de las necesidades humanas—y de la tendencia instintiva de economizar los esfuerzos desplegados con tal fin—puesto que el esfuerzo implica una pena—ha aportado modificaciones sucesivas en la organización social, en las costumbres, en el Derecho, a medida que ha adaptado mejor al hombre en la tierra y ha producido, de este modo, LA EVOLUCIÓN MUNDIAL.

Si, pues, el perfeccionamiento de la humanidad, en todos los órdenes de sus actividades materiales y espirituales, está condicionado a la evolución de la industria; si la guerra formidable que envuelve a los países más civilizados del mundo—en la que los pueblos intentan aniquilar a los pueblos, en sus vidas y en sus riquezas acumuladas por el trabajo secular

de muchas generaciones—sólo revela una ADAPTACIÓN IMPERFECTA de dichos países en la tierra; si nuestras luchas intestinas crónicas—en las que los hermanos intentan aniquilar a los hermanos, en sus vidas y en sus riquezas acumuladas por el trabajo secular de sus propios antepasados—son sintomáticas de una ADAPTACIÓN MÁS IMPERFECTA AÚN, ¿qué otras consideraciones podrían encarecer mejor la importancia excepcionalmente extraordinaria de la celebración de un Congreso de Industriales, en este momento álgido de la vida nacional?

La solución satisfactoria, según lo expuesto, de las dificultades internas y externas que se oponen al restablecimiento del país, a su vigorización y a su libre desenvolvimiento evolutivo ulterior, cualquiera que sea la actitud que asuma ante el conflicto europeo y cualquiera que sea también el resultado de dicho conflicto, dependerá, de modo considerable, de su actividad industrial. Os repito, señores industriales, que casi teneis en vuestras manos la salvación de la Patria....

***

El Gobierno actual de la República, por su parte, como hijo legítimo de una Revolución que, entre sus más altas aspiraciones, cuenta la de merecer la gloria de SER LA ÚLTIMA que tiña de sangre y devaste el suelo patrio—para que el porvenir le reconozca santidad y la canonice con sus bendiciones—nacido de una AGRESIÓN ARMADA, porque este es el sino fatal de los pueblos apenas iniciados en la dificultosa evolución política, pero consciente de los deberes que le impone su progenitura, muy lejos de pretender ABUSAR DEL PODER Y AGREDIR, llamó ayer al comercio, llama ahora a la industria y llamará mañana y pasado a todas las otras clases activas de la sociedad, para que participen en las funciones de la Administración Pública, cuyo buen desempeño tanto afecta su prosperidad.

Nadie se atreverá a negar que semejantes tendencias democratizadoras, llevadas, si posible fuera, hasta la diluición completa del Gobierno en la masa social, tendrían que resolverse, necesariamente, en la perfecta coordinación de todos los intereses nacionales.

***

Para que la labor gubernativa de democratización de la sociedad pueda desenvolverse en toda su amplitud y hacer de la Patria un Paraíso o, cuando menos, para no perder lastimosamente los frutos de los actuales intentos relativos, urge—con urgencia apremiante e inmediata—proceder a corregir nuestra defectuosa constitución económica, que consiste en la casi SOLA EXISTENCIA DE RICOS Y DE POBRES, con sus límites extremos de OPULENCIA PARASITARIA Y DE MISERIA MENDICANTE. Precisa, pues, acercar estos extremos enojosos con LA MORALIZACIÓN DE LOS DE ARRIBA, el puente de UNA CLASE MEDIA AUTÓNOMA y EL MEJORAMIENTO DE LA CONDICIÓN MATERIAL DE LOS DE ABAJO.

La sentencia inapelable del Redentor de la Humanidad de que ES MÁS FÁCIL QUE UN CAMELLO PASE POR EL OJO DE UNA AGUJA QUE UN RICO SE SALVE, me exime de ocupar vuestra benévola y cansada atención en el punto primero.

Como ninguna repetición es superabundante cuando se trata de señalar un mal para curarlo—y el mal en cuestión es tan grave que puede considerársele como la causa determinante de las mayores desgracias nacionales—voy a permitirme transcribir, a pesar de haberlo hecho ya en otra ocasión, las siguientes palabras del diputado belga Cooreman:—

"..... Importa al equilibrio social que las diferencias "entre la clase capitalista y la clase obrera las armonice LA "CLASE MEDIA, caracterizada por la reunión, en las mismas "manos, del capital y del trabajo. Es indispensable para el rei"nado de la armonía en la sociedad, que la escala tenga entre "su más alto y más bajo escalón, una serie de grados inter-

"medios que reunan los extremos por gradaciones más numerosas que espaciadas".

La repartición de la propiedad raíz entre el mayor número posible de gentes y EL FOMENTO DE LA PEQUEÑA INDUSTRIA, como factores preponderantes, casi decisivos, en la formación de una CLASE MEDIA AUTÓNOMA, contribuirían, pues, de manera muy poderosa, a corregir los defectos de que adolece nuestra constitución económica y a evitar, en el porvenir, los padecimientos consuetudinarios de la Patria.

El medio más natural y, por lo tanto, mejor para resolver el tercer punto—que se refiere al mejoramiento de la condición material del proletariado—consiste en provocar una fuerte demanda de trabajo, esto es, en DETERMINAR, CON ESFUERZOS EFICIENTES, EL DESARROLLO MÁXIMO—COMPATIBLE CON NUESTRAS CONDICIONES—DE LA PEQUEÑA Y LA GRANDE INDUSTRIA.

Aunque la limitación introducida en este enunciado «de COMPATIBILIDAD CON NUESTRAS CONDICIONES», hace posible la solución del problema, ante la magnitud y número de las dificultades que presenta—amenguadas algo, es cierto, por la fabulosa productividad potencial de nuestro suelo, capaz de alimentar y enriquecer a una población muchas veces mayor que la actual de la República—se necesita plantear dicho problema, de modo racional y patriótico, para que nuestras actividades no sean lamentablemente consumidas por absurdos empirismos o bastardas conveniencias políticas.

La naturaleza—que es ciega y que, quizás por esto, no es susceptible de caer en tentaciones malignas—jamás desvía sus pasos de LAS LÍNEAS DE MENOR RESISTENCIA, es decir, de las que marcan las direcciones en que EL GASTO DE ENERGÍA ES MÍNIMO en relación con el rendimiento producido: tal es su proceso general, inmutable, de actuación, definido y concretado al caso particular que nos ocupa en la historia industrial de todos los países. Cualquiera sabe—por ignorante que sea—que cada descubrimiento científico, cada perfeccionamiento en el

utilaje, en los métodos de trabajo, en los transportes, etc., ha señalado NUEVAS LÍNEAS DE MENOR RESISTENCIA para el esfuerzo humano, que—a pesar de los trastornos momentáneos consiguientes a toda reforma o cambio de rumbo y de las protestas enérgicas de los intereses creados—han realizado siempre, con una producción más abundante y más barata, la satisfacción de un mayor número de necesidades y el acrecentamiento del bienestar general. Ahora bien, como estos adelantos industriales son ocasionados por el incentivo de economía del esfuerzo—no tanto ya para reducir la pena que entraña, como sucedió originariamente, cuanto para resistir los ruinosos efectos económicos de la CONCURRENCIA de otros esfuerzos similares—tiene que deducirse, forzosamente, que LA SUPRESIÓN DE LA LIBRE CONCURRENCIA ECONÓMICA ACARREARÍA LAS CONSECUENCIAS DESASTROSAS DE LA PARALIZACIÓN DEL PROGRESO INDUSTRIAL.

De la sencilla, pero irrefutable argumentación que antecede—porque, huyendo de la petulante audacia de pretender crear, me he limitado a calcarla modesta y sinceramente de la Naturaleza y de la Historia—se desprenden las dos conclusiones generales siguientes, que constituyen, por decirlo así, los moldes en que deberá vaciarse la política gubernamental relativa, para resucitar y robustecer al organismo nacional, a saber:—

Primera: FOMENTAR, por todos los medios legales disponibles, LA EXPLOTACIÓN DE LOS PRODUCTOS NATURALES DE NUESTRO SUELO, LAS INDUSTRIAS FABRILES QUE DE DICHA EXPLOTACIÓN SE DERIVEN Y, PREFERENTEMENTE, entre todas éstas, LAS QUE RESPONDAN A LAS NECESIDADES PRIMORDIALES DE LA VIDA HUMANA, equivaldría a localizar LAS LÍNEAS DE MENOR RESISTENCIA en la explotación general del país y a provocar el encauzamiento de todas las actividades productoras en el sentido de la mayor prosperidad nacional, y

Segunda: SUPRIMIR PARCIAL O TOTALMENTE LA CONCURRENCIA ECONÓMICA INTERIOR O EXTERIOR, para FOMENTAR,

mediante privilegios, determinadas industrias nacionales o, mediante derechos arancelarios, LAS INDUSTRIAS EXÓTICAS QUE SÓLO PUEDAN VIVIR DENTRO DE LA INCUBADORA DE LA PROTECCIÓN OFICIAL, equivaldría a detener el progreso material del país y, con el alza de precios consiguiente a todo monopolio y la injusticia de favorecer a unos cuantos a costa de todos los demás, se intensificaría considerablemente el malestar general.

Puede decirse, pues, en pocas palabras, que LA CAPTACIÓN, EXTRACCIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE LOS PRODUCTOS NATURALES DE NUESTRO SUELO Y LA LIBRE CONCURRENCIA ECONÓMICA NACIONAL E INTERNACIONAL, son los dos términos principales de la fórmula de nuestra política industrial.

***

Pero....—podrían objetar algunos—si, después de restablecida la paz en Europa, los países más íntimamente relacionados con el nuestro, desde el punto de vista comercial, persistieran en su tradicional política proteccionista ¿no resultaría contraproducente la tendencia diametralmente opuesta de la fórmula anterior?—No y mil veces no.

Esos países, entonces, se verán en la necesidad—como el nuestro ahora—de una reparación pronta y eficaz de la tremenda suma de energías que la guerra ha substraído despiadadamente de su progreso industrial, y dicha necesidad aparecerá mayor y más imperiosa ante ellos, porque, al fin y al cabo, nuestro país era ya pobre—a pesar de su maravillosa potencialidad—y aun en el caso de haber consumido cuanto tenía en la reciente lucha intestina, su pérdida total de bienes materiales apenas representaría una fracción infinitesimal de la sufrida por cualquiera de aquellos países. Además, como a la GUERRA ARMADA actual sucederá, indefectiblemente, la GUERRA COMERCIAL y la única posibilidad de verdadera expansión del comercio la suministra una producción abundante y barata, esto es, la actividad industrial siguiendo LAS LÍNEAS DE MENOR RESISTENCIA Y SUJETA A LA LIBRE CONCURRENCIA ECONÓMICA, hay exceso de fundamentos para presumir que el poderoso movimiento intelectual en favor del libre cambio desarrollado en los países de referencia, antes de la guerra, cristalice, al advenimiento de la paz, en hechos tangibles y definitivos, y que la Humanidad se redima con los beneficios materiales y morales de una distribución geográfica racional del trabajo en todo el mundo.

Mas si así no sucediera, si los países antes proteccionistas conservaran, por una de esas inexplicables componendas políticas, su antigua actitud de abierta rebeldía con los mandatos inexorables de la Naturaleza, más debemos lamentar por ellos mismos que por nosotros los males que origine semejante equivocación. Cabe recordar aquí, en efecto, el caso de Inglaterra:—

En 1844, John Lewis Ricardo formuló así la política librecambista:—«Libertar al comercio de todas sus restricciones «entorpecedoras, SIN PREOCUPARSE DE LOS DERECHOS CON «QUE LOS GOBIERNOS EXTRANJEROS ESTIMEN CONVENIENTE «GRAVAR LAS MERCANCÍAS INGLESAS.» Dos años después fué votada la supresión de las CORN LAWS; en 1851 fué depurada la tarifa suprimiendo 1,100 derechos arancelarios y, desde 1862, sólo han sido gravados ligeramente el tabaco, el té, el café, el cacao, los alcoholes, el vino y el azúcar, pero no con derechos protectores, sino fiscales, porque dichos artículos no se producen en Inglaterra.

¿Cuál fué el resultado de esta política? Que el pueblo británico, comerciando principalmente con países proteccionistas—puesto que en el viejo continente sólo Bélgica y los Países Bajos siguieron su ejemplo y en el nuevo, ninguno— pudo obtener el MÁXIMO EFECTO ÚTIL de los descubrimientos científicos aplicados a la industria y de los perfeccionamientos en los transportes y, no obstante que los salarios alcanzaron su valor más alto en Europa—hay que advertir que se hizo el milagro

de LA PARIDAD DE LOS SALARIOS NOMINAL Y REAL—las aduanas extranjeras no fueron capaces de contener el empuje avasallador del torrente comercial inglés.

Bien está—replicará alguien—pero Inglaterra es un país viejo y muy adelantado industrialmente ¿pasaría lo mismo con México?—Los conceptos autorizados de Yves Guyot, en este respecto, disipan todas las dudas:—

«La protección para las naciones nuevas equivaldría a poner un fardo sobre las espaldas de un niño para permitirle luchar con un adulto.»

«¿Las industrias nacientes?—Estas industrias deben, ante todo, procurarse un utilaje y ¿se los haréis pagar más caro? ¿Os atreveriais a gravar las materias primas?»

«Los países nuevos sufren mucho más con el sistema protector que los viejos, como lo prueba un ejemplo dado por J. Novicow, en 1894:—«Bélgica tiene 115 kilómetros de vías fé-«rreas por cada 10,000 kilómetros cuadrados de territorio, «mientras que Rusia sólo tiene 6. En el primer país se puede «dejar de construir nuevas vías. Rusia necesita 200,000 kiló-«metros de líneas nuevas. A razón de 10,000 francos cada ki-«lómetro, esto hace un total de veinte mil millones de francos. «La mejora actual para Rusia, que proviene de su régimen, «representa el 20 por ciento, o sean, cuatro mil millones de «francos. Por lo tanto, con el libre cambio, Rusia podría cons-«truir 200,000 kilómetros con el gasto que necesitarán 160,000 «kilómetros: ¡una diferencia igual a toda su red actual!»

«Por el mismo motivo, con los derechos sobre los fierros y aceros, los Estados Unidos han sebrecargado su utilaje con millares de millones que han beneficiado a los TRUSTS siderúrgicos, a expensas de toda la nación....»

De esto resulta que el libre cambio es el único medio de SACAR DE PAÑALES la industria naciente o protegida de los países nuevos.

***

Quedaría incompleta esta exposición de la política democrática industrial si no dedicara, siquiera unas cuantas palabras, al escabroso tema de LOS CONFLICTOS eternos ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

La forma en que se presentan y se resuelven estos conflictos—que exacerba muchas veces el inmoderado egoísmo de las clases interesadas—es el mejor termómetro revelador del régimen imperante en un pueblo, en una época dada: expoliación de los obreros por los patrones—con la ayuda de las autoridades—en las oligarquías, hasta convertir al ser humano en un simple útil de trabajo cuya substitución nada cuesta, o la expoliación del patrón por los obreros—con la ayuda también de las autoridades—en las democracias desorganizadas o demagógicas, hasta imposibilitar la marcha del trabajo industrial.

En una democracia bien organizada no puede, no debe ocurrir ninguna de estas dos cosas. Si la producción industrial o servicio que responde a necesidades colectivas imperiosas, requiere, como condición indispensable, la conjunción de los factores llamados CAPITAL Y TRABAJO, es obvio que las obligaciones supremas de protección y garantía del Estado—representante y guardián de los intereses comunes del pueblo—deban tender constantemente a conservar toda la fuerza de producción o de funcionamiento de dicha dualidad, es decir, a evitar que ésta se perturbe, desequilibre o destruya por el favor oficial hacia uno solo de sus dos factores constitutivos. De aquí se deduce que ni EL PATRÓN ni LA MASA OBRERA—queriendo significar con esta última expresión o la totalidad de los operarios o la parte de ella que pueda influír sensiblemente en la producción o servicio público de que se trate—tienen el derecho de paralizar o reducir esta producción o servicio, de un modo injustificado y con perjuicio apreciable para la comunidad,

y que, por lo tanto, en los casos relativos de paralización o reducción de la actividad industrial, el Estado tiene el deber imprescindible de intervenir, en la forma que mejor proceda, para impedir o reparar la lesión de los intereses generales.

No resisto a la tentación justísima que en estos momentos me asalta de señalar dos puntos que brillan luminosamente en medio de las sombras que proyecta nuestra ambiencia natural de desorganización. Uno corresponde a los dueños de Fábricas de Hilados y Tejidos que conservan en actividad sus establecimientos industriales, a pesar del perjuicio que en sus intereses ocasionó, seguramente, la expedición del decreto supresor de los antiguos derechos de importación sobre las telas. El otro localiza un grupo de ferrocarrileros, quienes—reunidos en reciente Convención—contestaron así, de modo sencillo y patriótico, la calumniosa imputación de que pretendían declararse en huelga para obtener un aumento en sus salarios:—«Estamos convencidos de la situación económica que «prevalece en el país y no seríamos nosotros quienes viniéra«mos a agravarla inútilmente con nuestras pretensiones.»

El Gobierno felicita calurosamente, por mi conducto, a unos y a otros y espera que todos los industriales y todos los trabajadores del país sigan ejemplos tan edificantes.

***

Señores Delegados:

Me he permitido—al daros la bienvenida en nombre del Gobierno—englobar en un solo cuerpo las ideas relativas que el ciudadano Presidente de la República ha emitido en sus conversaciones, en sus brindis y en sus discursos, para que queden consignadas en el Acta de la Primera Sesión del Congreso de Industriales—como la expresión de LA DOCTRINA CARRANZA EN POLÍTICA DEMOCRÁTICA INDUSTRIAL—seguro de que vuestro amor a la Patria y a la Humanidad sabrá levantar sólidamente, sobre el firme cimiento de esa doctrina, la obra majestuosa de la reconstrucción nacional.

México, 17 de noviembre de 1917.

A. J. PANI.

DECLARACIONES HECHAS

POR EL SR. ING. DON

ALBERTO J. PANI

SECRETARIO DE INDUSTRIA Y COMERCIO

A LOS DELEGADOS AL

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE INDUSTRIALES

CON MOTIVO DE LOS INCIDENTES SURGIDOS
EN LA PRIMERA ASAMBLEA GENERAL DE DICHO CONGRESO,
Y DADAS A CONOCER A ESOS MISMOS DELEGADOS
EN EL BANQUETE QUE LES OFRECIO EL CITADO FUNCIONARIO.

Este no es un brindis, ni cosa que se le parezca. Delante de cada asiento se ha colocado una tarjeta que terminantemente dice que «NO HABRÁ BRINDIS» y no sería yo quien pretendiera violar esta prohibición. Solamente quiero MONOPOLIZAR unos momentos la palabra—ya que el Código de la Amistad permite esta clase de MONOPOLIOS—para hacer algunas declaraciones relacionadas con incidentes surgidos en la Primera Asamblea General del Congreso de Industriales, y me pongo en pié y alzo la voz—interrumpiendo la CHARLA DE SOBREMESA—con el único propósito de hacerme oir de todos.

Las discusiones de dicha Asamblea giraron, casi exclusivamente, al rededor de estas dos cuestiones:—

Primera, necesidad de inquirir si los Señores Delegados al Congreso gozaban de las garantías necesarias para la libre expresión de sus ideas, con el fin de (segunda) proceder al estudio inmediato de ciertas reformas a la Constitución Política Federal, que pudieran servir como base y punto de partida de los trabajos ulteriores del Congreso.

Como los Señores Delegados que promovieron esas discusiones se permitieron, al mismo tiempo, atacar la Constitución, a los Constituyentes y entiendo que también al Gobierno, y como, a pesar de esto, nos han dado el placer de sentarse ahora con nosotros a la mesa, no tengo para qué esforzarme en probar que el Congreso de Industriales—como sucedió

con el de Comerciantes—disfruta de todas las garantías que otorga la ley.

Para resolver sobre la procedencia o improcedencia de la segunda cuestión, bastará recordar que el Gobierno, ante los problemas trascendentales y urgentes de la situación angustiosa porque atraviesa el país y de la no menos angustiosa de la industria, y dada, por otra parte, la indudable relación de causalidad que liga a ambas situaciones, invitó a los industriales para hacer obra de VERDADERA COOPERACIÓN en el estudio de dichos problemas, es decir, de coordinación de actividades, de orientación de fuerzas en igual sentido, para que se sumen—en vez de restarse—y puedan producir, con su composición, la resultante del mayor bienestar nacional. El hecho de que los industriales hayan aceptado de tan buena voluntad esta invitación, significa, pues, que están acordes en sumar sus fuerzas con las fuerzas del Gobierno, dirigiendo prácticamente los trabajos del Congreso hacia fines de posible realización inmediata o próxima y en perfecta consonancia con las condiciones políticas actuales del país.

Mas, para los efectos relativos de cooperación con el Gobierno ¿cuáles son estas condiciones políticas que fijan, por decirlo así, los límites de factibilidad de los acuerdos del Congreso de Industriales?—Todos sabemos que la Constitución de 1917 está escrita con la sangre que el pueblo mexicano derramó en la reciente lucha reivindicadora de sus derechos—conculcados por una traición infame—y que el Gobierno actual de la República—que sólo es la encarnación política de esa lucha reivindicadora—no puede ver en la Constitución de referencia más que la expresión de la voluntad popular: si ésta se encuentra equivocada, falseada o incompleta, la propia Constitución—en su artículo 135—abre modestamente la puerta a todas las enmiendas o adiciones con que el mismo

pueblo la quiera perfeccionar, pero prescribe, para tales casos, que dichas reformas o adiciones sean acordadas, en el Congreso de la Unión, por el voto de las dos terceras partes de los Diputados presentes y aprobadas por la mayoría de las Legislaturas de los Estados.

Según lo expuesto, pretender que las RECOMENDACIONES O VOTOS que el Congreso de Industriales eleve a la consideración del Gobierno, como resultado de sus labores, se refieran a reformas constitucionales y a medidas gubernamentales derivadas de estas reformas—en momentos en que ni siquiera se ha acabado de restablecer el orden legal en toda la República—equivaldría, pues, a que los Delegados a dicho Congreso, negando su sabiduría y sus actividades a la satisfacción de necesidades apremiantes del país y de la industria, defraudaran lastimosamente las esperanzas del Gobierno y de sus poderdantes.

Pero tengo la firme convicción de que no sucederá así. No me desalienta el rumbo equivocado de las discusiones preliminares, como no me desalentaron tampoco el desorden y la desconfianza con que principió sus trabajos el Congreso de Comerciantes. El éxito del Primer Congreso Nacional de Industriales—garantizado absolutamente por la sensatez y el amor a la Patria y a la Humanidad de todos sus miembros—me permitirá dar buena cuenta al C. Presidente de la República, de la delicada misión que me ha confiado en la iniciación y desarrollo de esta política democratizadora de la Sociedad, novísima en nuestra larga historia de turbulencias, de asonadas y de agresiones.

San Angel Inn, 25 de noviembre de 1917.

A. J. PANI.

END OF
TITLE